
DE PORTO ALEGRE A PORTO ALEGRE: LA EMERGENCIA DEL NUEVO SUJETO POLÍTICO

Manuel Monereo*

En recuerdo de Manolo Sacristán

¿ES REALMENTE POSIBLE OTRO MUNDO?

La experiencia del Foro Social Mundial (Porto Alegre 25 - 30 de enero) obliga, sobre todo cuando uno quiere exponerla a los que no han participado, a distinguir entre lo vivido y lo conocido y sus múltiples y dinámicas conexiones. Se trata, en definitiva, de trasladar la vivencia de una participación individual en un acto colectivo y en un contexto bien específico. Los elementos se fueron superponiendo en una mezcla, más o menos espontánea, donde lo planificado y las iniciativas de los diversos colectivos se armonizaban conflictualmente.

Por un lado, la experiencia de una ciudad, Porto Alegre, que está realizando una gestión política y de concreción de una participación popular de ciudadanos y ciudadanas enormemente interesante; capital de un estado, Río Grande do Sul, el segundo del país, gobernado por vez primera por la izquierda; y que intenta que las dinámicas de los muchos "porto alegres" existentes en el territorio *gaúcho* se puedan trasladar a un nivel hasta ahora inédito. Hacer política de otra manera y gobernar de otra forma: éste podría ser el lema que define los desafíos concretos que, necesariamente, la izquierda tiene que afrontar. Todo ello, en un contexto brasileño marcado por una izquierda política, cultural y social relativamente fuerte en torno al PT y a otros partidos de izquierda (como el PCdB), al movimiento social seguramente más importante de América Latina, como es el MST, y con una consistente organización sindical, la CUT.

* Fundación de Investigaciones Marxistas y miembro de la Presidencia Federal de Izquierda Unida, España.

Por otro lado, la “creación”, durante unos días, de una “esfera pública cosmopolita” compuesta por más de quince mil personas provenientes de más de ciento veinte países, centenares de organizaciones sociales y culturales, y transmitida en tiempo presente por algo más de mil ochocientos periodistas acreditados en el evento. No es posible trasladar a las dimensiones de un artículo como éste las decenas y decenas de talleres, muchos de ellos autoconvocados a través de Internet, la disponibilidad de los participantes para el debate y la discusión sobre un conjunto extremadamente variado de temas, y todo ello con una organización y una responsabilidad envidiables.

Lo vivido, más allá de las valoraciones, expresa al menos tres elementos: a) la generalización de una crítica, cada vez mejor fundada, a la actual globalización capitalista y a sus efectos sociales, culturales y políticos; b) la percepción, sobre todo en América Latina, de que las resistencias se empiezan a organizar política y programáticamente, y de que pareciera que el “choque del 89” empieza a superarse teórica y prácticamente; y c), el surgimiento de un sujeto político internacional socialmente heterogéneo, políticamente plural y de marcadas diferencias culturales que, sorprendentemente, pareciera tender a una convergencia más allá de los viejos dilemas entre universalismo y particularismo.

LA CRÍTICA COMO PASIÓN RAZONADA

Pocas veces se ha podido asistir a un debate tan profundo sobre el modelo actual de dominación capitalista a escala internacional que usualmente se ha venido denominando globalización. La mezcla, la alianza entre intelectuales críticos de izquierda y movimientos sociales alternativos, ha dado como resultado una discusión extremadamente rica donde lo global y los ejemplos prácticos, los estudios de casos, han podido combinarse hasta convertir a esta “esfera pública cosmopolita” en algo que debería ser una de sus virtudes: la *paideia*, una pedagogía de masas vivida como participación política.

El diagnóstico que se ha hecho puede sintetizarse del siguiente modo:

1. La matriz imperialista del proceso de globalización y su contenido subalternizador cultural, económico y político, así como su carácter profundamente depredador, que está agravando la crisis ecológico-social del planeta.
2. La tendencia, intrínseca al propio modelo, hacia la exclusión social, efecto de un proceso real de explotación a escala mundial donde la deuda, el deterioro de los términos de intercambio y los beneficios son aspectos del mismo.
3. La creciente concentración de poder económico y político en torno a “estados privados sin fronteras”, como son las transnacionales, auténticos sujetos del nuevo orden globalizador. En veinte años se ha pasado de la discusión para imponer un código de conducta a las transnacionales a un código de conducta para los estados impuesto por ellas del cual el suspendido AMI (Acuerdo Multilateral de Inversiones) es sólo un ejemplo.

4. La pobreza y las desigualdades han crecido enormemente en esta fase. Hablar de “rezagados” en el proceso de “mejoramiento” global resulta cuanto menos cínico cuando, virtualmente, de ese proceso global son excluidas las cuatro quintas partes de la humanidad y continentes enteros están siendo desconectados de los circuitos en los que estos procesos se originan y reproducen. Los representantes de los pueblos originarios, los trabajadores agrícolas, los desempleados y aquellos que participan del inmenso catálogo y de las distintas situaciones de la “economía informal” lo ponían claramente de manifiesto.

5. La tendencia a una remilitarización de las relaciones internacionales que asegure la gobernabilidad de una globalización excluyente y asimétrica que amenaza a los delicados equilibrios sobre los que se asienta el modelo, cuyo ejemplo más destacado es el “Plan Colombia”.

6. El papel cada vez menos relevante de las *democracias realmente existentes* para resolver los graves problemas sociales y económicos, sometidas además a un chantaje creciente por parte de una oligarquía internacional extremadamente reaccionaria y de unas instituciones (FMI, BM) que, una y otra vez, con sus planes de ajustes estructurales, condenan a sectores cada vez más amplios de las poblaciones al desempleo, la pobreza y la inseguridad.

En los debates (me refiero fundamentalmente a los paneles centrales) apareció con cierta fuerza la cuestión de la naturaleza de la recesión norteamericana y sus previsibles efectos sobre la economía-mundo capitalista. Un acuerdo pareció desprenderse de las intervenciones: la recesión va a tener un carácter global. Los desacuerdos se articulaban en dos planos, uno más concreto, a saber, si la crisis iba a ser de “aterrizaje suave” o de “giro brusco”, y otro de carácter más general: si se daban o no los elementos necesarios para incluir la hipótesis de una crisis sistémica del conjunto del modelo globalitario.

DE LA RESISTENCIA A LA PROPUESTA

El debate entre Davos y Porto Alegre, que expresa simbólicamente, quizá por primera vez, el reconocimiento de una “oposición” más allá de las protestas coyunturales, puso también de manifiesto que el reducido mundo de los ganadores del proceso de globalización no tiene ninguna alternativa seria que ofrecer a la mayoría mundial perdedora. Es más, se evidenció que no hay un propósito real de cambio, ni siquiera una “humanización” del propio modelo. Las personas de Porto Alegre demostraron, embrionariamente, que existen, en los movimientos sociales, en los diversos grupos de trabajo internacionales y, justo es decirlo, en sectores universitarios, elementos de lo que podríamos denominar una propuesta alternativa a este modelo neoliberal hoy preponderante.

Entendámonos: no estamos hablando de un programa detallado, medida por medida, para implementarse en el espacio y en el tiempo como programa de gobierno mundial, para lo que no hay ni habrá a mediano plazo condiciones, sino de un conjunto de ideas-fuerza, de valores y propuestas articuladas capaces de reflejar demandas sociales y culturales y, lo que considero más importante, de articular sujetos y movimientos con posibilidades de auto-constituirse en actores políticos capaces de intervenir a escala local, regional y mundial.

Ciertamente los procesos nunca han sido fáciles para “los de abajo”, y uno de los efectos más negativos de la globalización es que ha hecho aún más desiguales las oportunidades reales de intervención entre los que controlan la globalización y los que la sufren, y que los “costos” de organización de “los de abajo” han crecido exponencialmente. Aun así, cuando se sabe combinar parcelas de poder institucional, democráticamente gestionadas, y apoyos de movimientos y sujetos sociales y políticos, se dan condiciones para que las resistencias se multipliquen y se coordinen internacionalmente, y para que se pueda intervenir, de manera compleja, en los centros donde efectivamente se toman las decisiones.

América Latina, en este aspecto, puede ejemplificar lo positivo y también lo negativo de la actual situación por la que están pasando los pueblos y los trabajadores. Pudimos analizar las luchas indígenas en Ecuador y Bolivia, el decurso del Movimiento Zapatista tras la victoria de Fox, supimos de los esfuerzos por reconstruir un movimiento obrero democrático en Argentina después de una de las mayores huelgas de su historia, de las luchas del pueblo peruano por salir de una dictadura (subrayamos lo de “dictadura”) militar y política dirigida por Fujimori. Elemento central de casi todos los debates fue el “Plan Colombia”, que (en esto había un gran consenso) ejemplificaba el nuevo modo y los nuevos instrumentos de intervención político-militar de EE.UU. en América Latina. Sin olvidar, obviamente, los enormes esfuerzos de los trabajadores rurales sin tierra de Brasil, que ya hoy han conseguido asentar (sin ley de reforma agraria) a más de doscientas mil familias en el rico territorio del país, y que vienen construyendo desde hace mucho tiempo una alianza estratégica con los pueblos originarios de Brasil, cada vez más diezmados por la brutalidad de los nuevos y viejos conquistadores.

Pero no fue sólo América Latina. Se intentó una visión global, en primer lugar, de África y de su creciente desconexión de los circuitos económicos y políticos dominantes; de China y su papel como potencia mundial emergente, así como de las contradicciones y límites de su modelo de acumulación. En fin, de la “tríada”, de sus relaciones con el sur del mundo y de las perspectivas de un nuevo orden internacional.

Se discutieron muchas propuestas alternativas, y sobre todo se situaron los elementos que podrían configurar un nuevo internacionalismo a la altura de la globalización capitalista hoy dominante. Cuestiones como la tasa Tobin, la condonación de la deuda del Tercer Mundo, las líneas de reforma de las instituciones financieras internacionales, la lucha por un programa real de desarme en el Tercer Mundo y la

apuesta por modelos de desarrollo autocentrados, la defensa de todos los derechos humanos incluidos los derechos sociales, ecológicos y políticos, la democratización de las Naciones Unidas, y una reforma sustancial de la OMC.

¿UN NUEVO SUJETO POLÍTICO INTERNACIONAL? HIPÓTESIS PARA UNA PROPUESTA ARRIESGADA

Es posible que podamos ser tachados de optimistas cuando no de ilusos por confundir sin más nuestros deseos con realidades. Pero creemos sinceramente que no se trataba de molinos de viento sino de la presencia en acto de un sujeto político internacional actuante ya en otros eventos, definido como actor determinante en estas jornadas de Porto Alegre. Esta “esfera pública cosmopolita” nos permitió un debate democrático y abierto, la comunicación de experiencias y sentimientos en un contexto caracterizado por la pluralidad política y la heterogeneidad cultural. Es cierto que los elementos disgregadores han estado presentes y que las contradicciones se han puesto de manifiesto más de una vez. Pero el problema no era éste, que es normal, sino la capacidad para hacer de los conflictos motivación política, y de las contradicciones elementos para profundizar en una democracia de masas.

La dialéctica programa/movimiento puede fundamentar formas múltiples y variadas de organización social. Para ello, sería necesario que los instrumentos de autoorganización y de selección de objetivos presentes ya en el movimiento se convirtieran en permanentes, capaces de establecer alianzas políticas y sociales en los distintos niveles decisorios que hoy configuran la compleja realidad internacional. Es lo que algunos hemos venido denominando una estrategia “densa en complejidad” que actúe a escala local-nacional, regional e internacional.

Puestas así las cosas, por qué no pensar, por qué no soñar con que este sujeto político pueda devenir en un sujeto político “internacionalmente organizado”. Hasta ahora hemos venido pensando que cualquier nueva internacional requeriría la suma de fuertes y compactos destacamentos nacionales. Lo que tenemos son destacamentos cada vez más débiles y una carencia absoluta de perspectiva internacionalista. Entonces, ¿por qué no actuar al revés? ¿No deberíamos pensar que nuestra única posibilidad es, en esta fase histórica, comenzar por lo internacional para ser más fuertes en lo nacional? Son tiempos de refundaciones. Pienso e imagino una Internacional, como la Primera, donde pudiéramos convivir, actuar y luchar comunistas, socialistas, libertarios y demócratas radicales unidos por un programa y unos estatutos, y transversales a las izquierdas políticas, sociales y culturales realmente existentes en cada uno de nuestros países.

Algo parecido a esto le escuché decir a Manolo Sacristán en tiempos de desintegraciones y de enormes desengaños. A su lucidez, intransigencia moral y compromiso político me encomiendo.

